

# Todo empieza otra vez

Fabián Guerrero Obando

La enfermedad les permitió a Molière y a Proust crear algunas metáforas sobre la medicina, mientras que a otros les dio el material necesario para describir la enfermedad, como es el caso de Charlotte Brontë, Chéjov, Dostoiesvki o Virginia Woolf.

En algunos casos, la enfermedad impulsa a crear. El efecto degradante de las deformidades físicas impulsó a Byron y a Toulouse-Lautrec, por ejemplo, a compensarlas por medio de su obra artística. El convencimiento de que las horas de trabajo están contadas a veces ha hecho surgir una última chispa de intensa actividad, como en los casos de Beardley y klee. Otros, como Heine, Karen Blixen, Gide y Graham Greene, le han atribuido poderes terapéuticos a la actividad creadora como el medio para soportar los sufrimientos de la vida. En *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche sostiene que solamente el arte tiene el poder de alejar este sentimiento de disgusto que nos causa nuestra espantosa e inútil existencia, y adoptar concepciones con las que se pueda vivir. Flaubert era de la misma opinión: “la única manera de vivir aceptablemente es ahogándose en la literatura como si se tratase de una interminable orgía”.

Samuel Johnson dijo no haber pasado un solo día sin que lo amenazara el dolor desde que una enfermedad contraída en la infancia lo dejó hecho un saco de tics y de estremecimientos. Esos dolores eran tan notorios que debió abandonar sus planes de convertirse en maestro de escuela; su comportamiento peculiar y sus movimientos grotescos causaban la hilaridad de sus inmisericordes discípulos, quienes se reían de él a carcajadas. Llegó a la conclusión de que “la única finalidad de escribir es permitirles a los lectores disfrutar más de la vida, o soportarla mejor”. El doctor, víctima de una grave depresión periódica, obtuvo consuelo escribiendo: “el estar ocupado, Señor, y las penalidades, evitan la melancolía”.

Al parecer, la influencia más determinante que ejerce la enfermedad sobre la obra literaria se determina cuando hace el carácter del artista más sereno y su nota predominante más profunda. Esto estaría corroborado si tan solo se considerara en el valor perdurable de las novelas de Charlotte Brontë y Chéjov o en la poesía de Keats.

4

Si advertimos que algunas de las más grandes obras de arte han nacido del dolor, no podemos menos que reconocer que la enfermedad a veces enriquece al artista, a sus congéneres y a la posteridad.

Existe una relación permanente entre la enfermedad y la creación artística. Una realidad muy antigua, ciertamente. Uno de los grandes motores no solo para quienes se han dedicado a la literatura, sino para los artistas en general. Misteriosa cinética de la enfermedad, el arte y la facultad creadora.

Por eso, quizá el presente número de *La Revista* nos ayude a entender lo que nos sucede en estos días casi apocalípticos. A pensar en el dolor que sentimos, claro, pero también en el de los otros, en lo que están sintiendo, en nuestra propia angustia.

Hacerse un lugar para recobrar las fuerzas, respirar aire fresco y seguir. Así, los textos de Marco Antonio Rodríguez, Carmen Váscones, Catalina Sojos, Sonia Manzano, Roque Rivas y Alejandro Campos Olivier, que honran las páginas que siguen, son productos de nuestro tiempo. Formas artísticas y oportunas para contar el espanto que nos ha tocado vivir, cierto, pero también para recordarnos que la enfermedad puede ser una fuente de inspiración y que al dolor lo podemos transformar en arte. Justo en este momento en que todo ha acabado para siempre y que, como a cada instante, empieza otra vez.